

Autora: Amparo Alba. UCM.
Curso de verano Toledo 2000

INTRODUCCIÓN



Una característica bastante generalizada en la mística judía desde sus primeras manifestaciones es la escasa relevancia que la descripción de la experiencia extática adquiere en ella; los escritos de los místicos judíos carecen, en general, de lo que constituye la esencia en la literatura mística de otras religiones: descripción de las vivencias íntimas del místico, de su encuentro con el Ser Supremo, de su transformación personal, etc...; frente a esto, el místico judío oculta con frecuencia su personalidad, se refugia en el anonimato o la pseudoepigrafía y procura dar a sus escritos un aire de objetividad; aunque el tema del ascenso del alma del místico está presente en muchas obras, la meditación y la contemplación cabalísticas insisten, sin embargo, en un aspecto más espiritualizado y abstracto de esta experiencia; se diría que el místico judío, aun en los momentos de éxtasis, conserva el sentimiento de distancia entre él y su Creador, que le permite hacer un relato de la experiencia, hasta cierto punto, frío e impersonal. Son relativamente pocas las obras que, hasta bien entrado el s. XVIII, tienen como tema central la experiencia extática personal y las técnicas para alcanzarla y

escasos los autores cuyas obras proporcionan material suficiente para obtener una visión clara de su personalidad. Abraham Abulafia es, probablemente, el primero en el tiempo que rompe con esa tendencia que acabamos de comentar; su obra es directa, atrevida, reflejo de la fuerte personalidad de este místico judío enemistado con los principales cabalistas de su época, y hermanado con místicos de otras religiones; es, en definitiva, un personaje excepcional dentro de la corriente mística judía que llamamos Cábala.